

PRESENTACIÓN<sup>262</sup> DEL LIBRO  
*LAS CONTRADICCIONES CULTURALES DEL CAPITALISMO  
EN EL SIGLO XXI.*  
*UNA RESPUESTA A DANIEL BELL*<sup>263</sup>  
DE  
ENRIQUE HERRERAS Y ANA NOGUERA



169

PRESENTACIÓN DE JOSÉ FÉLIX BASELGA

Quiero agradecer en primer lugar a Antonio Lastra el haberme invitado a participar en la presentación de este libro de Ana Noguera y Enrique Herreras.

He leído el libro con suma atención e interés y encontrado en el mismo muchos aspectos que merecen, sin duda, ser tratados: por ejemplo, la discusión que entablan en él los autores con Daniel Bell en relación al hedonismo y a la función del “hogar social”; por ejemplo, la

---

<sup>262</sup> La presentación, moderada por Antonio Lastra, tuvo lugar el 27 de abril de 2018 a las 19:00 horas en la Sala debat Pep Torrent del Centro Sociocultural de L’Elia.

<sup>263</sup> Ana Noguera y Enrique Herreras, *Las contradicciones culturales del capitalismo en el siglo XXI. Una respuesta a Daniel Bell*, Prólogo de Victoria Camps, Biblioteca Nueva, Madrid, 2017, 284 pp. ISBN: 978-84-16938-43-8.

forma en la que van hilvanando a lo largo de los capítulos la polémica entre las posiciones neoconservadoras y la teoría crítica a partir del libro de Helmut Dubiel; por ejemplo, algunos de sus análisis de nuestra actual coyuntura en relación a la RSE (responsabilidad social de la empresa), al fenómeno del consumismo o a los procesos de desafección política de la ciudadanía. Sin embargo, exceden el propósito y el marco de esta presentación en la que me limitaré a comentar lo que considero que representa la propuesta central del libro.

Y lo primero que quisiera señalar es algo obvio; que se trata de un libro de filosofía. Un libro de filosofía política. ¿Por qué señalo esto?

En nuestras discusiones del seminario *Filópolis* a lo largo de estos últimos años Antonio Lastra ha insistido en no pocas ocasiones en la idea de que el filósofo es un moderador social; en que la filosofía modera a la política. Yo, a esta idea que suscribo, añadiría aquí que si lo hace es porque inyecta racionalidad en el discurso político, porque lo ilustra, porque lo des-prejuicia. Y justo esto camina en la dirección contraria de todo tipo de fanatismo cuyo término último es la barbarie.

Estimo que es precisamente este el marco en el que debemos leer *Las contradicciones culturales del capitalismo en el siglo XX*: el relativo a su dimensión pedagógico-ilustradora.

La acción política debe dejarse inspirar por las humanidades: por la filosofía, por la historia... Solo así podrá elevar sus miras, es decir, contemplar el largo plazo, y proponer proyectos ilusionantes desde una concepción de la vida buena.

Me parece que la pregunta central que trata de responder este libro es la relativa a la forma de realización de la democracia hoy desde la constatación de su insuficiencia y de la necesidad de revitalizar, ampliar y hasta refundar nuestros sistemas democráticos. Y los contornos de este hoy quedan nítidamente trazados en la segunda parte del libro: desbordamiento de los Estados por una economía globalizada; reflujo del Estado del bienestar; aumento de las desigualdades en los diferentes países y a nivel mundial concomitante con el crecimiento económico; crisis del proyecto de construcción europea; generalizada desafección de la ciudadanía por lo político; resurgimiento de fundamentalismos nacionalistas y religiosos en busca de identidades mesiánicas; enquistamiento de la discriminación de género.

Todo ello parece converger poniendo en jaque nuestro actual modelo de democracia.

Tal es el diagnóstico que está a la base del libro, que leo, en consecuencia, como el intento de aportar elementos y propuestas válidas para enfrentar la actual crisis de nuestras democracias sociales.

Pero este intento no puedo sino inscribirlo en el marco de lo que Claude Lefort (por cierto, coetáneo de Daniel Bell) denomina la mutación de orden simbólico que significó el advenimiento de la democracia: nadie puede incorporarse el poder. Este es un lugar vacío cuya ocupación constituye el objeto de la permanente disputa entre los partidos.

Lefort ha dado en el centro de lo que define a la democracia frente

al resto de formas conocidas de organización política: el reconocimiento de la sociedad a través de sus instituciones políticas de su intrínseca naturaleza escindida, la instauración de canales políticos para la resolución de lo que son, consecuentemente, sus constitutivos conflictos, y la permanente búsqueda de fundamentos, o de legitimación, que corresponde a la desimbricación de poder y saber.

Efectivamente, las sociedades democráticas son sociedades en una permanente búsqueda de sí: las ideologías no constituyen sino los intentos de elaborar un saber sobre el sentido y la finalidad de la comunidad efectuados en el marco de un pacto constitucional.

Justo en esto último se inscribe la labor de *Las contradicciones culturales del capitalismo*: una fundamentación de lo que los autores denominan “Estado de justicia”, cuyo estatus normativo formulan: aspectos irrenunciables de la tradición del liberalismo político, las libertades individuales, inscritos en el marco de un socialismo democrático que a través de procedimientos redistributivos pretende garantizar los derechos de segunda generación, es decir, la justicia social, y que, finalmente, apuesta por una revitalización de los procedimientos democrático-participativos de una ciudadanía implicada.

Pero para impulsar este proyecto hay que superar lo que Noguera y Herreras entienden que constituye un rasgo característico de nuestro tiempo: la consolidación de una personalidad social típica caracterizada por un individualismo insolidario, por una actitud vital hedonista y por una desafección de la política. Todo esto va unido.

Se trata de una sociedad en la que se ha desgarrado su tejido moral: los vínculos que unen al individuo con lo colectivo (tal como Bell denuncia en su libro en relación al desmoronamiento de la ética calvinista).

Y esta sociedad individualista y hedonista, sin proyecto colectivo, que identifican Noguera y Herreras es una sociedad degradada moralmente en la que ha hecho mella la corrupción.

Por desgracia en España no nos faltan ejemplos de ella.

Hace un momento mencionaba a Lefort, que fue uno de los más lúcidos lectores de Maquiavelo. Pues bien, este nos avisaba en sus *Discursos sobre Tito Livio* sobre algo muy importante: que si bien basta poco tiempo para corromper una sociedad, para que se degrade moralmente y se perviertan sus instituciones, su regeneración puede llevar generaciones. Y decía también que no es posible conservar o fundar una república, es decir una sociedad con instituciones de la libertad, sobre un pueblo corrompido por la simple razón de que sus ciudadanos no están a la altura de sus instituciones y se sirven de ellas para fines particulares. He aquí todo un retrato.

En definitiva: que es necesario restaurar la *civitas*: un sentido de lo colectivo que auspicie los mínimos de un proyecto de convivencia compartido. Posiblemente constituya esta la conclusión más relevante del libro que nos ocupa.

Según esto, *Las contradicciones culturales del capitalismo en el siglo XXI* responde a la pretensión de establecer las premisas de un

proyecto político de orientación universalista con una fuerte fundamentación ético-filosófica capaz de proyectarse más allá de los círculos de los especialistas hasta articular una cultura política que pueda ser asumida por la ciudadanía. Este es el eje central de dicha obra.

Su tercera, y última, parte es especialmente relevante a este respecto: impulsión de una ciudadanía crítica y conocedora, con confianza en sus instituciones dotadas de credibilidad, implementación de procedimientos de participación a diferentes niveles que amplíen nuestra democracia representativa y alimenten la formación de una sustancia ética compartida, fomento de estilos de vida alternativos al consumismo, construcción de una ciudadanía global...

Tales son las condiciones que se indican de ese Estado de justicia que es concebido como la única alternativa al modelo de globalización que se está imponiendo desde una economía progresivamente autonomizada.

Y para finalizar: Noguera y Herreras están proponiendo el proyecto de una “democracia radical” impensable sin la sustanciación de un “ethos democrático”.

Pero esto exige ilustración. Porque, bien pensado, la democracia es incompatible con cualquiera de las formas de la ignorancia y el prejuicio a ellas asociado. Entonces degenera en demagogia y la corrupción encuentra un terreno abonado. Una democracia viva necesita de una ciudadanía formada en estricto sentido kantiano; libre tutores.

172

Creo que justo a esto se refieren en los últimos párrafos del libro:

Decía Kant en *La paz perpetua* que hasta un pueblo de dominios querría instaurar un estado de derecho, con tal de que tuvieran inteligencia. ¿Tenemos inteligencia? Una inteligencia que nos permita preferir la paz a la guerra, la cooperación al conflicto, la solidaridad a la barbarie, la justicia a la injusticia.

Lamentablemente da la impresión de que sí abundan los demonios. Sin más calificativos. Afortunadamente, también existen muchas personas capaces de vivir responsablemente, preocupadas por su entorno, comprometidas con el “otro”, dispuestas desde su propia individualidad y a través de organizaciones a canalizar la solidaridad.

El siglo XXI es el siglo de los dilemas morales (p. 273).

#### INTERVENCIÓN DE ANA NOGUERA Y ENRIQUE HERRERAS

El libro que vamos a presentar consta, en primer lugar, de un magnífico prólogo realizado por la filósofa Victoria Camps. Seguidamente hay dos partes, una primera titulada *Teoría Crítica y Neoconservadurismo*, en la que se analiza uno de los libros más complejos y de mayor impacto de Daniel Bell, *Las contradicciones culturales del capitalismo*, al que se le

presentan otras respuestas desde el ámbito filosófico como las críticas de Helmut Dubiel, John Rawls, Amartya Sen o Adela Cortina, entre otros; en una segunda parte, se abordan los “*Dilemas actuales*”, es decir, una selección de las contradicciones culturales de nuestro tiempo como son la desigualdad, el trabajo, el Estado del bienestar, Europa, la democracia y la política, o los recursos del planeta. Para finalizar, el libro cuenta con capítulo de conclusión que se denomina “*Nada es nuevo, todo es diferente*”, porque, aunque los problemas humanos sean los mismos, no estamos ante una crisis más del sistema, sino ante un cambio económico y social.

¿Por qué dar una respuesta a Daniel Bell?

El libro se hace eco del mensaje de Hanna Arendt de que el fin de la filosofía debiera ser el de intentar comprender lo que ocurre. Pero, para comprender los dilemas actuales, se hace necesario buscar los orígenes de los mismos. En este sentido, releer y reconsiderar el diagnóstico que hizo Daniel Bell ha sido una excusa justificada, ya que nos sirvió como paraguas intelectual para analizar las contradicciones y paradojas a las que hoy nos enfrentamos. Hay varias razones que apoyan esta decisión:

- a) En primer lugar, cuando se elabora este ensayo se cumplían 40 años del señalado ensayo de Bell, considerado como uno de los libros más importantes de la segunda mitad del siglo XX. Si bien Bell no consiguió escapar de la etiqueta de conservador, realizó una muy interesante visión de la sociedad *tardocapitalista*. Es evidente que sus soluciones, regresar a un capitalismo un tanto idílico, no nos convencen, pero su análisis sigue siendo un material reflexivo para la filosofía política de gran valía. Por ello, en la publicación se considera a este autor motivo suficiente para su análisis cuarenta años después, para buscar tierra firme dentro de la vertiginosa velocidad en la que todo cambia, donde la complejidad de nuestra sociedad es colosal, y donde aparece un concepto nuevo que afecta nuestro comportamiento social: la incertidumbre.
- b) En segundo lugar, y siguiendo el razonamiento actual, habría que considerar que a mediados de los años 70 del siglo XX, una década en la que tienen gran influencia las teorías de Bell, aparece también el neoconservadurismo, no solamente como una acción política, sino también como una ideología social y cultural, dispuesta a modificar la esencia del ser humano. En definitiva, la remodelación que nos ha traído hasta lo que hoy conocemos como un *homo economicus*, individualista, maximizador de su bienestar, ajeno al bien común, cuyo éxito y felicidad se mide en términos económicos.
- c) En tercer lugar, nos referimos a la constatación de que en esta época aparecieron los fenómenos de la globalización, la tecnología, la sociedad de la información y la posmodernidad, que, sin duda, configuraron una sociedad diferente en la entrada del siglo XXI.
- d) El cuarto motivo tiene que ver con una situación: a mediados de los setenta, además, se inició la crisis de la socialdemocracia europea que hoy está en una situación de agonía nunca vista, así como los



ataques al Estado de Bienestar, con el fin de configurar un libre mercado con la minimización del poder del Estado-nación. Esta mirada crítica del pasado permite recordar que en la década de los 70 ya se anunciaban algunos males que estamos viviendo en la actualidad, y que muchos de ellos no se han sabido evitar. Términos como desregulación, privatización, flexibilización se convirtieron en los nuevos dioses de los mercados globalizados.

- e) La última de las razones, y quizás la más esencial, es el término “cultura”, utilizado por Daniel Bell, que nos pareció muy acertado. En concreto, Bell nos alumbró que la discusión está a tres bandas: la política, la economía y la cultura. Porque si bien, hasta el momento, el análisis del capitalismo se realizaba desde la perspectiva política y/o económica, la pregunta después de Bell es: ¿qué relevancia tiene la cultura en la configuración del ser humano para ser pieza indispensable del funcionamiento del sistema?

Una vez señalados estos objetivos, necesitamos puntualizar que el presente no es un libro específico sobre Daniel Bell, sino sobre la sociedad actual y su complejidad. El objetivo básico es diagnosticar lo que ha pasado en estos cuarenta años, cuáles fueron las advertencias de Bell respecto a la sociedad futura, qué nos ha pasado y cómo hemos llegado hasta aquí. Porque conocer lo ocurrido es el primer paso para tomar conciencia de nuestra situación y así poder abordar los problemas sabiendo hacia dónde nos dirigimos. Si no entendemos qué nos ha pasado, seguiremos parcheando la situación de crisis sin salir de ella. Saber es tan revolucionario y esencial como actuar, porque es lo que nos permite no engañarnos ni decidir de forma equivocada.

Con el siglo XXI llegó la crisis económica, y con ella despertamos de una dura realidad que se había fraguado culturalmente desde hacía años. Así, descubrimos también que teníamos una grave crisis política, de falta de confianza en nuestras instituciones, de desafección con la propia democracia. Y, debajo de nuestro haz de crisis, había una crisis moral, de falta de valores, de desorientación ética. Una crisis que había permitido la permisividad, el mirar hacia otro lado, la falta de justicia, y la tolerancia hacia los comportamientos corruptos, que hoy tanto nos escandalizan.

Junto con la globalización, cayeron algunos mitos que resultaban esenciales para mantener nuestras ideas políticas. Por ejemplo, se nos enseñó que con “mayor crecimiento económico, podría haber más reparto y bienestar social”; pero no es tan evidente porque, por el contrario, con la globalización se va haciendo normal que a mayor crecimiento se produzca una mayor desigualdad, una mayor concentración de la riqueza.

La desigualdad es un fenómeno que se ha agudizado en este inicio del siglo XXI, a raíz de una creciente desigualdad entre países y entre ciudadanos. De las múltiples causas, cobra resonancia la evidencia de que se están derrumbando conceptos esenciales como el trabajo. Desde una mirada genérica a esta situación, podemos decir que ya no “trabajamos para vivir” y así disponer de autoestima, proyección, realización y futuro,

sino que ahora hay que “vivir para trabajar”; da igual en qué condiciones y dónde. Dentro de ese contexto, podemos observar que nuestros jóvenes, por primera vez en la historia, se encuentran con un nivel de vida descendente, lo que hace que ya no se mire el futuro con seguridad ni con optimismo. Este año estamos celebrando el bicentenario de Karl Marx, por lo que es un buen momento para repensar a este filósofo y su necesidad de buscar los síntomas para poder buscar caminos de cambio. Como se suele decir de manera cotidiana, si Marx levantara la cabeza, vería que hay algo más grave que la explotación, esto es, la inutilidad de no servir al sistema.

Un miedo que hace que, paradójicamente, en una sociedad global, donde todo lo compartimos, donde la información circula por la red, donde nos enteramos de todo lo que ocurre en tiempo real, lo habitual es que nos encerremos, con el fin de buscar identidades, da igual que “ismo” sea. La cuestión es que en esta “sociedad de la incertidumbre”, como se ha dicho, solemos levantar muros para defendernos.

La sensación predominante es que nos sentimos frustrados con la política, a la que exigimos respuestas que no llegan o que no nos pueden dar. Y, como dice Joaquín Estefanía, “no está en crisis el capitalismo, es la crítica al capitalismo lo que está”.

Otra gran contradicción se produce cuando la democracia, el sistema reconocido y aceptado, nos genera decepción, porque vemos que el poder político democrático ya no lo es todo, y cada vez nos apercebimos con mayor seguridad que tan solo es uno más de los muchos. Por ello deconstruimos la democracia, en vez de reconstruirla. Algo parecido ocurre con Europa, como veremos más adelante.

Siguiendo con las contradicciones, arribamos al hecho de que el poder ya no tiene un rostro claro, ya que difícilmente sabemos quién manda, quién decide: ¿los mercados?, ¿el sistema?, ¿la economía? Ya no hay reyes, nobles, o capitalistas a los que señalar con el dedo, y muchas veces no sabemos hacia dónde mirar. Un hecho claro es que los Estados nacionales no son suficientes para tomar sus propias decisiones en una sociedad globalizada en el ámbito económico, pero no en el político y jurídico (¡qué gran contradicción!). Hemos de aprender que la sociedad civil tiene su poder, no es único, pero es esencial para modificar las condiciones sociales. Tal ciudadanía activa solo es posible en el marco de una democracia deliberativa.

Y, ¿qué papel asume Europa en este momento?

Sin Europa no habiéramos alcanzado estas cotas de bienestar ni unos derechos humanos, pero en la actualidad su papel se diluye dentro del concierto mundial, con sus estructuras políticas en crisis dando lugar a una sociedad del riesgo y de la incertidumbre al aumentar la desprotección social. Y no solo eso, se percibe el crecimiento de una semilla del fantasma del pasado que agita odios y xenofobias. Es paradójico, pero hay quien dice que “si Europa pudiera hoy ser miembro de la Unión Europea, no sería aceptada”. Pero, si nos recluimos buscando identidades homogéneas, ¿quién defenderá y protegerá los recursos del

planeta, cada vez más enfermo, que son de todos y que garantizan nuestra supervivencia?, ¿quién se hará cargo de los apátridas forzosos por las guerras, el hambre o la pobreza? O, ¿cómo vamos a reconstruir un Estado de Bienestar que se basa en el pleno empleo y los derechos sociales, si ya no hay pleno empleo y los derechos van en retroceso?

La razón de nuestras contradicciones radica, como queda evidente en el libro, en la subordinación de la política y la cultura a la economía. Aceptamos con resignación una economía injusta que genera desigualdad y sufrimiento porque su mayor éxito es producir dinero. Y para salir de la crisis, nos apretamos los cinturones hasta sacar la lengua, y luego volvemos a consumir de forma imparable para que los números asciendan.

El liberalismo político ha afianzado la libertad como un valor esencial pero no ha conseguido que esas libertades sean para todos y no solo para unos pocos. De igual manera, tampoco el socialismo está consiguiendo frenar el aumento de la desigualdad imparable.

Y, aunque los problemas sean tan viejos como la propia humanidad, todo es diferente a lo que hemos conocido. Por primera vez, hay que poner límites al progreso. “Límite” es un concepto que no existía en los XX siglos precedentes, pero ahora hemos descubierto que el planeta es finito, y también sus recursos. En cambio nuestro crecimiento como especie, nuestro conocimiento y nuestros deseos son ilimitados. Vivimos entre la esperanza y la desesperanza una época donde lo nuevo no acaba de nacer ni lo viejo acaba de morir. Por ello pensamos que urge modificar los criterios de tratamiento de la crisis, reinventar las instituciones económicas europeas para adaptarlas al servicio del bienestar colectivo y propiciar un nuevo pacto socio-político.

No hemos querido recoger un tono trágico, porque bastantes cosas positivas han trascendido en nuestra época, pero también es evidente que si no se cambia la política, la economía y la cultura neoliberal nuevas tensiones se abrirán, bumeranes más fuertes rebotarán contra nosotros. La ultraderecha está reapareciendo en la escena política, ya no está entre bambalinas.

Así, pues, se trata de un libro de diagnósticos que trata de descubrir las contradicciones que vivimos para encontrar soluciones diferentes, imaginativas, porque, al mismo tiempo que caemos en la decepción, nunca hemos tenido tantos instrumentos y herramientas a nuestro favor como en este siglo.

En definitiva, hemos de “aprender” a pensar de nuevo, entendiendo que los dilemas del siglo XXI serán, esencialmente, dilemas morales.